

# LA IZQUIERDA URUGUAYA Y EL «DESCUBRIMIENTO» DE LA ECOLOGIA

Jorge Barreiro\*

I

Hasta no hace demasiado tiempo, para la izquierda uruguaya la cuestión ambiental era cosa de «románticos», hippies o gentes que prefieren sentarse a comer sus verduritas contemplanado un paisaje incontaminado a través de las ventanas. Para la izquierda resultó más fácil identificar el ecologismo con aquellos «ecologistas» cuyos desvelos se limitaban a la conservación del carpincho en los montes del Queguay y a que el yogurt no tuviera colorantes artificiales.

Por más que la ignorancia de la «cuestión social» por parte de muchos ambientalistas uruguayos parezca darle la razón a esa visión, la imagen que la izquierda se forjó de la problemática ecológica no resiste la menor verificación práctica.

Durante demasiado tiempo el discurso de nuestra izquierda estuvo indeleblemente marcado por la cultura de la era soviética de posguerra: desarrollarse o morir parecía ser la consigna del momento. En Uruguay no había soviets y en electrificación no estábamos tan mal, de modo que los programas de izquierda se limitaron a promover el «desarrollo» y el «progreso» a secas. Tan entusiasmados estuvimos con los héroes del trabajo y los cortadores de caña, con la tecnología socialista y las «prometedoras» perspectivas de la ciencia, que el desarrollo y el crecimiento, en lugar de *condición de una*

*emancipación futura*, se transformaron en las metas últimas de la izquierda, contradiciendo así a quien supuestamente era uno de sus mayores inspiradores. A K. Marx se le puede reprochar su ingenua convicción de que el desarrollo de las «fuerzas productivas» terminaría haciendo saltar por los aires las enajenantes relaciones de producción capitalistas. Esto es, la creencia —tan propia de su tiempo— en que el progreso capitalista terminaría generando las condiciones para hacer posible su sustitución por una organización social de la que habría desaparecido todo rastro de explotación y opresión. Lo que de ninguna manera se le puede endilgar es que haya confundido, como hace la izquierda, las *condiciones* de una transformación social con los fines últimos de un movimiento emancipatorio. Más aún. Aunque sea verdad que Marx no abandonó su optimismo decimonónico respecto al progreso y la masiva aplicación de la ciencia a la esfera de la producción, no dejó de entrever también las consecuencias (negativas) que ese desenvolvimiento del capital implicaría: mayor división social del trabajo con el consecuente empobrecimiento espiritual de las personas, despilfarro y agotamiento de los recursos naturales, creciente escisión entre la riqueza social disponible y los productores directos de esa misma riqueza. En fin, producción para el mercado, anónimo por naturaleza, en lugar de producción para

\* *Tierra Amiga* (Uruguay), n.º 29, 1994, publicada

por REDES, Milán 4113, Montevideo.

satisfacer directamente las necesidades humanas.

Que muchos ecologistas hayan pretendido «superar» la naturaleza contradictoria del progreso capitalista haciendo la apología de las formas sociales premodernas y premercantiles de organización social, ciertamente no resuelve nada. Entre otras cosas, porque a pesar de todo, ese progreso ya se ha instalado entre nosotros y las formas premercantiles de producción, distribución y consumo no constituye una alternativa históricamente deseable para la mayoría de la población.

En la era de la muerte de las utopías y del elogio de lo real, estas discusiones han sido enterradas por la izquierda en el desván de los recuerdos. Abandonada la pretensión de remover los pilares sobre los que se funda la sociedad actual, la izquierda está prisionera de sus incontrolables deseos de ser «moderna» a cualquier precio. Y sin embargo, no puede evitar tomar nota de algunas de las más indeseables consecuencias de ese proceso capitalista, particularmente de la crisis ecológica. Como no podía ser de otra manera para un país de desarrollo capitalista relativamente atrasado, la toma de conciencia del desequilibrio ecológico se produjo muy tardíamente por estas latitudes.

Lo de toma de conciencia es una forma benevolente de decir las cosas. Hasta hace bien poco (1992), los legisladores del Frente Amplio votaban afirmativamente en una comisión parlamentaria un acuerdo con Canadá que habilitaba la construcción de una central nuclear en el Uruguay. Y si uno lee el capítulo ambiental del programa electoral de la izquierda puede llegar a dos conclusiones diferentes: o se trata de un capítulo sectorial más que se agrega al programa, como quien agrega sal a la comida, y que ineludiblemente hay que incluir, dados los tiempos que corren, o bien sus redactores no tienen la menor idea del discurso y las propuestas que están desparramando sus dirigentes más connotados a lo largo y ancho del país. Porque si es verdad que el mencionado programa, aunque ambiguo y genérico, incluye propuestas para algunos de los problemas ambientales más acuciantes, no es menos cierto que uno difícilmente puede hacerse una idea de cómo va a ser conjugado con los sueños de un Uruguay en cons-

tante crecimiento, carente de medidas para limitar los apetitos de los agentes económicos y cada vez más sometido a la lógica de la acumulación capitalista, que profesan los dirigentes y grupos más influyentes de la izquierda vernácula.

Al margen de la versión folclórica del ambientalismo y de las tendencias meramente conservacionistas, lo cierto es que el desdén con que la izquierda se ha aproximado tradicionalmente a la cultura ecologista puede explicarse por el hecho de que esta última ha puesto «el dedo en la llaga» de los lugares comunes y vacíos más significativos del discurso de izquierda.

Sin quererlo y tal vez sin saberlo, la izquierda uruguaya ha hecho del crecimiento económico un fin en sí mismo. Los debates con sus congéneres neoliberales se centran en disputarse mutuamente el patrimonio de la eficiencia y la eficacia económicas. Del horizonte político de la izquierda ha desaparecido completamente el cuestionamiento de una lógica productiva para la que la simple adición cuantitativa constituye un mérito en sí mismo. El ecologismo viene a cuestionar precisamente esta perspectiva, demostrando, por ejemplo, el absurdo de congratularse por el incremento de la producción de automóviles cuando la sociedad no precisa más sino menos automóviles; viene a cuestionar la validez de los indicadores macroeconómicos como síntomas de enfermedad o salud de una sociedad. La izquierda todavía mira con asombro a un ecologista cuando sostiene que el crecimiento del PBI no demuestra absolutamente nada respecto a las bondades de un sistema social, por cuanto en esas cifras están incluidas actividades destructivas, que en lugar de contribuir a asegurar la sustentabilidad futura, contribuyen a socavarla.

El ecologismo choca adicionalmente con el principio de la razón instrumental profesada sin pudor y a plena luz del día por la izquierda. Para esta última, todo lo que contribuye al «desarrollo económico» es legítimo y todo lo que no contribuye a él merece ser desechado por «utópico», inútil e inviable. Todo lo que no se deja someter a la lógica implacable de la *economía* quedará fuera de la realidad; todo lo que no es rentable y competitivo tiene la partida de defunción fir-

mada. No es casual que los economistas positivos (cuya influencia crece sin cesar en todos los partidos políticos) hayan abandonado cualquier pretensión de cuestionar el *sentido* de las actividades económicas, para dedicar sus energías exclusivamente a hacer que el sistema funcione bien, que se mantengan los equilibrios macroeconómicos y que la producción sea eficiente y competitiva. El ecologismo (social) parte de un punto de vista diametralmente opuesto: cuestiona la dinámica de un sistema basado en el principio de «la producción por la producción misma», tal como definía Marx al capitalismo. La producción por la producción misma es inherente al sistema de mercado, que impone esa desafortada compulsión a la pura acumulación cuantitativa como condición para no desaparecer del mercado. Los economistas (los de izquierda incluidos) no se preguntan más, si es que alguna vez se lo preguntaron, por qué se produce más de una cosa y no de otra, ni si la gente necesita realmente las mercancías que se le ofrecen. Simplemente se preguntan cómo producir las en mayor cantidad y de forma más eficiente y barata, aunque ello carzca por completo de sentido y no satisfaga las verdaderas necesidades de las personas. La respuesta a esta crítica del ecologismo recibe casi siempre la misma respuesta: el mercado se encarga de «castigar» a aquellos que producen cosas inservibles. El detalle es que el mercado se encarga de «castigarlos» *a posteriori*, esto es, al precio de haber despilfarrado recursos, tiempo y energía vital de los miembros de la sociedad. Los ecologistas (los más inteligentes por lo menos) no cuestionan que en determinados países y en determinados sectores tenga que operarse un crecimiento productivo. Pero éste debe ser el resultado de una decisión democráticamente consensuada de la sociedad y no, como sucede en la actualidad, el resultado de la dinámica «espontánea» de un sistema para el que el crecimiento es el único principio de realidad admisible. De paso digamos que en este aspecto la izquierda ha sido culturalmente colonizada por el pensamiento conservador. Imperceptiblemente aquella ha terminado aceptando la idea de que somos un país pobre y que el crecimiento es imprescindible para mejorar la situa-

ción material de los sectores más desfavorecidos. Un argumento inmejorable para no tener que vérselas con cuestiones tan molestas y urticantes como la distribución de la riqueza social (haya o no haya crecimiento).

## II

La razón instrumental no se anda con excesivas sutilezas a la hora de producir bienes. Y aquí aparece otro punto de bifurcación entre la cultura de izquierda y la ecológica. Las tecnologías modernas, la ciencia e incluso algunos bienes son valorados de forma diferente por unos y otros. Para la primera, son legítimos todos aquellos instrumentos técnicos y bienes que estimulan el desarrollo económico, es decir que se trata justamente de una valoración puramente instrumental. No es casual que la izquierda tenga una posición sumamente ambigua en todo lo atinente a la energía nuclear, la ingeniería genética, los agroquímicos, etc. Para los segundos, en cambio, determinadas tecnologías y bienes son objeto de una *valoración ética*, con independencia de su contribución a la eficiencia económica. Para la mayor parte de los ecologistas debe suprimirse la producción de armamentos, una medida que haría bajar el PBI de cualquier Estado del planeta y que muchos economistas de izquierda tendrían dificultades en aprobar.

La ausencia de cualquier mención en el programa del Frente Amplio a la reducción de una de las instituciones más destructivas y contaminantes por antonomasia (las Fuerzas Armadas) y a una de las obras de infraestructura más importantes que jamás se hayan hecho en la historia del país (el puente Colonia-Buenos Aires) pueden servir de ejemplo de lo antedicho.

Para una izquierda que sostiene «que la política *neoliberal*, propiciada por los sectores dominantes, genera y profundiza los problemas ambientales» es difícil percibir las críticas que desde el ecologismo se han formulado al mercado como panacea para la resolución de los problemas ambientales y sociales en general. Para este último no son los neoliberales, sino el mercado a secas, el que conspira contra el manejo sustentable y

la conservación de los recursos naturales. Una política crítica del neoliberalismo, pero que acepte al mercado como una institución *dada por la naturaleza* apenas podrá mitigar el impacto negativo sobre el medio ambiente (y aún esto es dudoso si se tienen en cuenta algunas experiencias como las de la central de La Tablada). Pero lo que el ecologismo social viene a cuestionar de aquellos que asimilan la modernidad con la modernización económica (y la izquierda está plagada de ellos) es la lógica productiva inherente al orden mercantil. La intervención del Estado puede mitigar la destrucción de áreas naturales, la contaminación de recursos acuáticos, del suelo y el aire, pero no puede evitar, sin violar los mecanismos espontáneos del mercado, ver en los miembros de la sociedad nada más que al *homo economicus* del que hablan A. Gorz e I. Illich. Es decir, el individuo abstracto que «sirve de soporte a la razón económica» y que no se interroga jamás por cuestiones de calidad, utilidad, placer, belleza, felicidad, libertad y moral, sino sólo por cuestiones meramente cuantitativas. A diferencia de las reivindicaciones de la izquierda, la crítica radical del ecologismo no se conforma con la demanda de hospitales sin carencias, escuelas sin goteras, transportes rápidos, viviendas para todos los miembros de la sociedad, plena ocupación con salarios dignos y alimentos en cantidades suficientes para que nadie se muera de hambre. Lo que pretende es una medicina cualitativamente diferente (no sometida a la lógica mercantil y al paradigma dominante de salud/enfermedad); un sistema educativo no sometido a las necesidades del mercado laboral y a la escisión jerárquica entre el que sabe y el que aprende; un sistema de transporte que se base en las necesidades de desplazamiento de las personas y no en la tiranía del automóvil particular que solo contribuye a despilfarrar energía, recursos y finalmente a reducir la velocidad media de cada desplazamiento; una alimentación que no sacrifique la calidad nutritiva de los alimentos en el altar de los agroquímicos; una distribución del tiempo de trabajo y de ocio en función del desarrollo de la riqueza social y no de las exigencias del mercado, que indican que los bienes necesarios para subsistir están suje-

tos al número de horas que cada uno esté dispuesto (u obligado) a vender sus energías vitales a cambio de dinero.

Otro tanto sucede con las tecnologías modernas, tan acriticamente divinizadas por la cultura de izquierda. Los ecologistas no se oponen a ellas, sino que las juzgan en función de los espacios emancipatorios que ofrecen a los individuos. Las promesas de tales tecnologías están lejos de haberse verificado en la práctica. En muchos casos solo han contribuido a dañar el ambiente y, por ende, las condiciones de vida de las personas a las que supuestamente debían beneficiar. Y, salvo en raras excepciones, no han estado puestas al servicio de la reducción del esfuerzo laboral de quienes las manipulan, sino únicamente del aumento de la productividad del trabajo.

Es verdad que hay ambientalistas que hacen la apología de sociedades primitivas en las que, seguramente, no hubieran aceptado vivir jamás. Pero no lo es menos que, al igual que el «prócer» Lenin, la mayoría de los izquierdistas están encadilados por las luces de la modernización occidental y no aciertan a ver la naturaleza contradictoria (desde el punto de vista de las posibilidades emancipatorias) de ese desarrollo capitalista. La ecología viene a poner sobre la mesa —es bueno aclararlo para mayor tranquilidad de la izquierda— esta naturaleza contradictoria del «progreso». Sus referencias a la contaminación y agotamiento de los recursos naturales, la producción de mercancías y tecnologías peligrosas y tóxicas, la calidad de vida cada vez más degradada, las promesas incumplidas de un trabajo liberador, además de objeto de preocupación en sí mismas, muestran la «otra cara de la moneda» de ese progreso. No son en absoluto el testimonio de una debilidad metafísica por una imposible naturaleza «incontaminada» por la cultura humana (aunque todo hay que decirlo, en el «museo verde» hay especímenes para todos los gustos).

Finalmente, el ecologismo cuestiona la cultura política de la izquierda, que ha terminado por aceptar unas reglas de juego que reducen la democracia a su condición más anémica y la «participación» a un concepto retórico. Después de haber hecho la apología de los regímenes más autoritarios de la

era moderna, la izquierda parece haber descubierto, afortunadamente, la democracia. Sin embargo, en la transición ha terminado por reducir —con el resto de los partidos— la acción política a las esferas institucionales, negándole a la acción política extrainstitucional la legitimidad que hasta no hace mucho nadie discutía. Si el mérito del ecologismo en relación a los paradigmas de desarrollo consistía en mostrar la naturaleza contradictoria del progreso capitalista, en relación al ámbito político consiste en señalar que puede haber otra lógica para gestionar los asuntos comunes de la sociedad (incluidos los ambientales, naturalmente) que la de-

rivada de la escisión entre gobernantes y gobernados o del monopolio de las decisiones por los expertos y técnicos. El ecologismo está lejos de aceptar que los partidos políticos sean necesariamente los mediadores de las aspiraciones de la sociedad civil. Antes al contrario, ésta debe contar con vehículos de participación propios que no pospongan la resolución de sus problemas hasta el día en que el más «sensible» de los partidos llegue al poder. Claro que ésta no es una preocupación que el ecologismo pretenda tener en exclusividad, ya que es compartida por otras corrientes de pensamiento y movimientos sociales.

## **BIODIVERSIDAD**

N.º 3 MARZO DE 1995

### **Sumario**

- 
- Amenazas de los tubos de ensayo / GRAIN-CEAT • 3**
- 
- ¿Hacia un concepto indígena de la propiedad intelectual? / Marcus Colchester • 7**
- 
- Aproximación a la problemática de los recursos genéticos / Mario Mejía Gutiérrez • 11**
- 
- Una experiencia con papa / Alberto Rojas Albarracín • 17**
- 
- El INBio de Costa Rica: desestatización, privatización y comercialización de la biodiversidad / Eduardo Gudynas • 19**
- 

**Agenda y noticias •**

---

**Novedades bibliográficas •**

---

**REDES-AT (Red de Ecología Social) - Amigos de la Tierra Uruguay**  
Ayda. Millán 4113 - 12900 Montevideo. Uruguay  
Tel: (598-2) 35 62 65 - Fax: (598-2) 38 16 40  
Correo electrónico: redesur chasque.apc.org